

DE EL IMPARCIAL, de Madrid.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

SILUETAS LABORANTES

Tal es el título de un artículo jocoso, que tomamos de El Imparcial de Madrid, de 29 de marzo último.

Dice así:

SILUETAS LABORANTES

Lo que inventan los de Tampa.

Mire usted qué inventiva tan fina é ingeniosa gastan los platónicos mambises de Tampa para molestarnos.

Sin moverse de sus casitas, sin tener que arrostrar peligros ni sufrir hipos de miedo cada vez que tropezaran con una columna leal, ni padecer de callos, uñas gordas, ojos de gallo y demás porquerías, a fuerza de correr como corzos tímidos por la manigua, sin molestias ni trampas ni cartón, han querido ifriolera! resolver de plano el grave problema de Cuba enzarzando en terrible y descomunal pelea a su caudillo Máximo Gómez, el dominicano ó "el chino viejo", con el general español Weyler.

Pero ¡qué agudeza la de esos atletas del progreso, que así manejan el vapor y la electricidad como logran hacer simpático y digerible el tocino del cerdo, dicho sea con perdón.

Para no malograr a su Máximo pontífice guerrero, metiéndolo de veras en tales aventuras, apelando al simbolismo (véase Ibsen y Meeterlick), y mire usted, mire usted que receta tan diabólica y sobre todo tan cómoda y desahogada perpetraron.

Con permiso de Angel Muro, mi buen amigo, emplearé los moldes que él usa en sus fórmulas culinarias.

Se toma un gallo viejo sin plumas y casi sin espolones y se le bautiza con el nombre de Weyler.

Se toma otro gallo joven, con plumas y cacareando, bien armado, de espuelas muy afiladas, con excelente hoja de servicios y varias muertes sobre la conciencia.

Este animalito, elegido previo concurso, al que asistieron todos los corrales de los Estados Unidos, llevaba el consolador nombre de Máximo Gómez.

¿Ve usted, amigo lector, qué trama tan bien urdida?

Pues los mambises de Tampa, previstos de sus gallos, alquilaron un circo, lo decoraron con arreglo á las circunstancias, con colgaduras y banderas de la estrella solitaria (¡lagarto! ¡lagarto! ¡lagarto!) y llenaron el local hasta los topes dispuestos a celebrar el descontado triunfo de su gallo y proclamar sobre el cadáver del gallo Weyler la independencia de Cuba con todos sus horrores.

Llegó el solemne momento: los dos gallos sobre el campo de batalla disponíanse a la lucha. El gallo joven contemplaba orgulloso a aquel otro gallo tembloroso y valetudinario. El público, compuesto de hombres, mujeres, niños y militares sin graduación, no atentaba de puro emocionado.

De pronto el gallo viejo se encrespa, las plumas de su cuello se le erizan, y con asombro de aquella culta asamblea lánzase sobre Máximo Gómez y de un espolonazo en los sesos lo tiende

muerto sin poder cacarear: ¡esta cresta es mía!

— ¡Traición!— gruñeron los mambises é inflamados en santo amor cubano independiente, asaltaron la palestra y con un valor sobrehumano cayeron sobre el gallo vencedor, le saltaron los ojos, le hicieron pedazos y hasta creo que se comieron algunos.

Este linchamiento, verdaderamente heróico, calmó un tanto la irritación de los buenos y leales tampetes. Cierto que a su caudillo Máximo Gómez lo sacaron del circo por las patas, pero el matador no había sobrevivido a su triunfo. ¡El honor quedaba a salvo!

o
o o

Moraleja un tanto progresista:

¡Hasta para matar un gallo viejo necesitan reunirse trescientos filibusteros de todas castas, edades, **sexos** y condiciones!

EME.

SILUETAS LABORANTES

Tal es el título de un artículo jocoso, que tomamos de El Imparcial de Madrid, de 29 de marzo último.

Dice así:

SILUETAS LABORANTES

Lo que inventan los de Tampa.

Mire usted qué inventiva tan fina é ingeniosa gastan los platónicos mambises de Tampa para molestarnos.

Sin moverse de sus casitas, sin tener que arrostrar peligros ni sufrir hipo de miedo cada vez que tropezaran con una columna leal, ni padecer de callos, uñas gordas, ojos de gallo y demás porquerías, a fuerza de correr como corzos tímidos por la manigua, sin molestias ni trampas ni cartón, han querido ifriolera! resolver de plano el grave problema de Cuba enzarzando en terrible y descomunal pelea a su caudillo Máximo Gómez, el dominicano ó "el chino viejo", con el general español Weyler.

Pero ¡qué agudeza la de esos atletas del progreso, que así manejan el vapor y la electricidad como logran hacer simpático y digerible el tocino del cerdo, dicho sea con perdón.

Para no malograr a su Máximo pontífice guerrero, metiéndolo de veras en tales aventuras, apelando al simbolismo (véase Ibsen y Meeterlick), y mire usted, mire usted que receta tan diabólica y sobre todo tan cómoda y desahogada perpetraron.

Con permiso de Angel Muro, mi buen amigo, emplearé los moldes que él usa en sus fórmulas culinarias.

Se toma un gallo viejo sin plumas y casi sin espolones y se le bautiza con el nombre de Weyler.

Se toma otro gallo joven, con plumas y cacareando, bien armado, de espuelas muy afiladas, con excelente hoja de servicios y varias muertes sobre la conciencia.

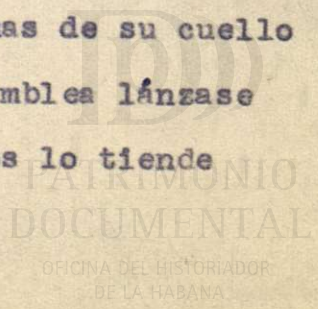
Este animalito, elegido previo concurso, al que asistieron todos los corrales de los Estados Unidos, llevaba el consolador nombre de Máximo Gómez.

¿Ve usted, amigo lector, qué trama tan bien urdida?

Pues los mambises de Tampa, previstos de sus gallos, alquilaron un circo, lo decoraron con arreglo á las circunstancias, con colgaduras y banderas de la estrella solitaria (ilagarto! ilagarto! ilagarto!) y llenaron el local hasta los topes dispuestos a celebrar el descontentado triunfo de su gallo y proclamar sobre el cadáver del gallo Weyler la independencia de Cuba con todos sus horrores.

Llegó el solemne momento: los dos gallos sobre el campo de batalla disponíanse a la lucha. El gallo joven contemplaba orgulloso a aquel otro gallo tembloroso y valetudinario. El público, compuesto de hombres, mujeres, niños y militares sin graduación, no atentaba de puro emocionado.

De pronto el gallo viejo se encrespa, las plumas de su cuello se le erizan, y con asombro de aquella culta asamblea lánzase sobre Máximo Gómez y de un espolonazo en los sesos lo tiende



muerto sin poder cacarear: ¡esta cresta es mía!

— ¡Traición!— gruñeron los mambises é inflamados en santo amor cubano independiente, asaltaron la palestra y con un valor sobrehumano cayeron sobre el gallo vencedor, le saltaron los ojos, le hicieron pedazos y hasta creo que se comieron algunos.

Este linchamiento, verdaderamente heróico, calmó un tanto la irritación de los buenos y leales tampetes. Ciertó que a su caudillo Máximo Gómez lo sacaron del circo por las patas, pero el matador no había sobrevivido a su triunfo. ¡El honor quedaba a salvo!

o
o o

Moraleja un tanto progresista:

¡Hasta para matar un gallo viejo necesitan reunirse trescientos filibusteros de todas castas, edades, sexos y condiciones!

EME.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA